



## LOS NIÑOS

AMO á la infancia. Débil é inocente,  
Despierta mi ternura y mi cariño;  
¡Qué puede haber más plácido que un niño  
Indefenso, confiado y sonriente!

Contemplo con purísimo embeleso  
La expresión de su faz, dulce y sencilla,  
Y el fresco rosicler de su mejilla  
Es, para mí, provocación al beso.

Cual brisa leve con gentil corola  
Mi mano juega con su pelo de oro,  
Y miro de sus rizos el tesoro  
Como sacra y espléndida aureola.

Nada acaricia mis oídos tanto  
Como su acento cándido y risueño:  
Al escucharlo, conmovido sueño  
Místicas notas de divino canto.

No sé lo que á mi alma infunde y dice  
Su mano, como pétalos de rosa,  
Que si en mi frente lígubre se posa  
Siento que me perdona y me bendice.

Posesionado de infinito anhelo  
De cosas luminosas y tranquilas,  
De los niños me asomo á las pupilas,  
Como me pongo á contemplar el cielo.

En el fondo de paz de su mirada  
Donde no hay sombra de terrenos males,  
Luz, inocencia, castos ideales  
Bebo con mente absorta y deslumbrada.

Guadalajara, Julio 8 de 1895.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS. \*

\* Socio de número de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Real Española, de Madrid, y miembro de varias asociaciones científicas y literarias.—N. del E.



## TRISTEZAS

(En el Album de la Señorita Doña Amparo Loaiza).

Yo quisiera cubrir de tu álbum  
La página blanca  
Con nacientes capullos de lirios  
Y frescas azáleas.  
Yo quisiera cantar á tu oído  
Endechas galanas  
De gentiles y apuestos donceles  
Guiados por hadas  
A la reja maciza y oculta  
De célebres damas.  
Más, oh niña, á la flaca memoria  
No vienen las galas  
De los cuentos de magos y genios  
Y brujas aladas.  
¡Qué pudiera decirte! extranjera  
Llegueme á estas playas;  
Y de entonces acá me devora  
La triste nostalgia.

Vengo yo del país de las flores,  
Las áureas montañas;  
Del país de las tardes azules  
Y noches de plata,  
Del país de los héroes sin nombre,  
La tierra sagrada.  
Que es mi amor, y mi gloria, y mi orgullo,  
Mi hogar y mi patria,  
Y por eso de la honda tristeza  
Que inunda mi alma  
Cubro niña querida de tu álbum  
La página blanca.

San Francisco (Cal.), Junio de 1895.

LAURA M. DE CUENCA.

## ¡ALMA MÍA!

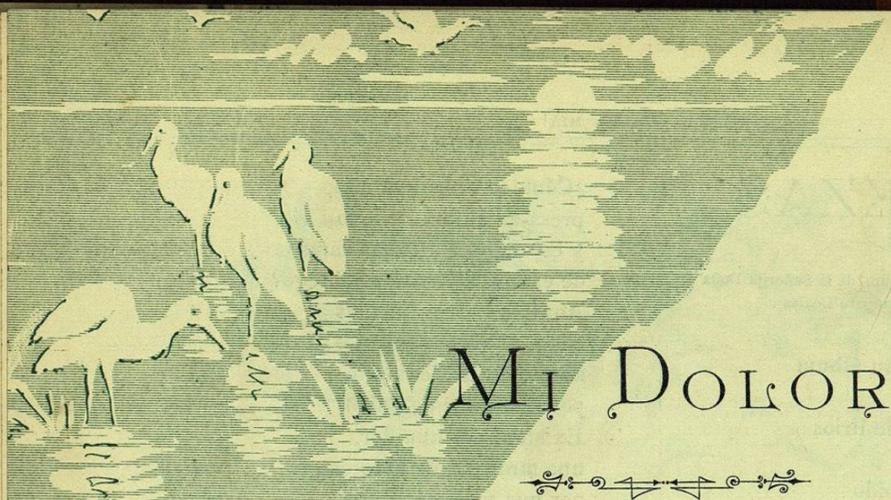
Ave errante y peregrina,  
tú, la de los sueños de oro  
y las visiones celestes  
y los anhelos hermosos,

¿Cómo te ves, alma mía,  
presa en ánfora de lodo  
y escondida entre las zarzas  
de este valle triste y lóbrego?  
Aquí no tienen tus alas  
cielo, ni aurora tus ojos;  
aquí todo está cubierto  
por una nube de polvo.  
Existen, por una flor,  
una multitud de abrojos;  
por una mariposilla,  
mil gusanos asquerosos.  
Hay más ciénagas que fuentes  
y más eriales que arroyos.  
Por un cordero ¿has contado  
las víboras y los lobos?  
Y el reptil desde su charca,  
la fiera en su inmundo sótano  
y el gusano desde el cieno  
forman un terrible coro  
de repugnantes silbidos,  
de voces y gritos roncós.....  
¿Sabes lo que dicen?—¡Muerte!  
¿Sabes lo que sienten?—¡Odio!  
Y tú, con tus blancos sueños  
y tus anhelos hermosos,  
¿cómo vives, como vives  
en este valle tan lóbrego?  
¡Cuán lejos está la patria!  
¡Cuán alto el divino aroma  
que ofrece entre borlas níveas  
lecho blando y oloroso!  
¡Cuán lejos el puro ambiente  
de aquellos montes frondosos!  
¡Cuán alto el sol, que difunde  
el bien, con sus rayos de oro!  
Pero el destierro se pasa,  
y entre suspiros y lloros,  
de la libertad el día  
llega al cabo, tarde ó pronto.  
¡Ya me parece mirarte  
revolar, llena de gozo,  
mientras que en polvo se trueca  
la triste prisión de lodo!

JOSEFA MURILLO.

Tlacotalpam, (E. de V.)

1020001105



## MI DOLOR

Dejadme mi dolor y mi amargura:  
 Mi honda desventura,  
 Fibra por fibra el corazón hiriendo,  
 Me lleve lentamente á la agonía  
 Y mi pesar tremendo  
 Destroce de una vez el alma mía.  
 No intentéis consolarme; mi consuelo  
 Está sólo en el cielo;  
 Quiero regar con llanto á cada instante  
 El polvo abrasador de mi camino;  
 Hallo un goce punzante  
 En sufrir, sin quejarme, mi destino.  
 Tiene el dolor su aureola de belleza;  
 Hay mucho de grandeza  
 En la alta majestad del sufrimiento;  
 Y en esas horas de amargura llenas  
 Se eleva el sentimiento  
 A regiones más puras y serenas.  
 El dolor ennoblece y nos levanta  
 A una región más santa;  
 Se piensa en Dios, la eternidad se siente,  
 Se percibe del mundo lo finito,  
 Y la atrevida mente  
 Alzase, desde el polvo, á lo infinito.  
 ¿Quién piensa en la materia miserable  
 Ni encuentra el vicio amable,  
 En esas horas de dolor intenso  
 En que se vé sufrir á un ser amado?  
 ¿Quién, entonces, lo inmenso  
 De la bondad de Dios no ha penetrado?  
 El dolor poderoso nos redime;  
 Él, en el alma imprime  
 De la virtud el mágico idealismo;  
 Él nos presenta el sacrificio hermoso  
 Y del tremendo abismo  
 Nos aparta su influjo piadoso.  
 Entre un Augusto, de placer circuido,  
 Y Jesucristo, herido,  
 Jamás la humanidad ha vacilado  
 A quien debe rendir adoraciones;  
 Y al Dios crucificado  
 Adoran reverentes las naciones.  
 Dejadme mi dolor; es mi consuelo  
 Este punzante duelo;  
 Muevo el cuchillo en la mortal herida,

Y gozo con sentir mi afán profundo  
 ¡Es tan corta la vida  
 Y vamos tan de prisa por el mundo!  
 No me robéis al duelo..... quiero á solas  
 Abismarme en las olas  
 Del océano inmenso de mis penas;  
 Encuentro dolorosa complacencia  
 En mover las cadenas  
 Que atan al sufrimiento mi existencia.  
 Hay lujo en mi dolor ¡padezco tanto!  
 Regando voy mi llanto  
 Por la tierra abrasada del camino;  
 Pero ando, y ando..... con ferviente anhelo;  
 Yo sé que el peregrino  
 Que sufre resignado, llega al cielo.  
 ¡Dichosos ¡ay! los que en el mundo moran  
 Y en él dolientes lloran!  
 Proclámanse en la tierra venturosos  
 Los que son por el duelo respetados  
 ¡Mentira! los dichosos  
 Son los humildemente resignados.  
 Dejadme, pues, sufrir..... es mi derecho;  
 No me saquéis del pecho  
 Ese puñal que ahonda mis heridas,  
 Dejadme á solas con mi acerbo llanto,  
 Dejadme mi quebranto.....  
 ¡Las horas de dolor no son pérdidas!  
 Hay orgullo en sufrir con valentía;  
 Yo siento el alma mía  
 De sus hondos pesares orgullosa;  
 Tiene el dolor un dulce magnetismo  
 Que arrastra á la espantosa  
 Profundidad inmensa de su abismo.  
 Dejádmelo mirar..... no temáis nada:  
 Mi alma fué templada  
 En el horno encendido del tormento;  
 No intentaré arrojarme innoblemente;  
 Yo veo al firmamento  
 Y hasta el fin llegaré, limpia la frente.  
 ¡Las lágrimas me ahogan! miro al cielo,  
 Mas no pido consuelo.....  
 Si fué mi ser para el dolor formado;  
 Si aun la desgracia mi cabeza hiere  
 No arrojaré mi cruz; Dios me la ha dado  
 ¡Dios me la quitará si así lo quiere!

Guadalajara, 1895.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.



## Los celos de Pirrín.

I.

**D**ABA envidia á las parejas humanas el amor de aquella pareja de canarios minúsculos. Diríase que Pirrín y Lili constituían el *avatar* inefable de dos amantes, muertos en plena luna de miel.

Él era gordiflón, el cuello un tantico abultado y el buche blanco á trechos. Ella, una esculpurita primorosa: vestía completamente de oro; y arriba, en la cabecita vivaz, saltaba un hacecillo de plumón blanco, simulando una corona artística. Lili parecía una reina.

Pirrín gustaba mucho de las hojas tiernas de lechuga, del alpiste desmenuzado y del agua siempre fresca. Sencillamente, porque con el piquín sonrosado escogía el alimento más exquisito para ofrecerlo á su Lili. Juntos picoteaban el terroncillo de azúcar, como si á un tiempo quisieran endulzarse los picos para los besos... Porque, en verdad, era un en-

canto ver cómo, después de la comida, chocaban los picos aquellos pajaritos enamorados, á modo de dos bocas que se cambian besos.

Cuando llegaba la señorita Amelia, remanada la *matinée* adornada de lucientes encajes, mostrando un par de brazos blancos, redondos y tersos como de marfil recién pulido, y moviéndose airosa para asear la casita de rejas azules de la alada pareja; la graciosa Lili sacudía delicadamente las alas, enarcaba el cuello, como diciendo: — «Buenos días, señorita Amelia!» — y á modo de un reguero de oro desparcía una cascada de notas divinamente alegres. ¡Así reía Lili! Y Amelia aprisionaba á la canaria para besarla ardentemente con besos diminutos. ¡Como qué eran para Lili! Entonces Pirrín daba las gracias... ¿Cómo? Paraba de saltar sobre los barrotillos, esponjaba majestuosamente el plumaje, y cantaba..... ¡qué canto aquel! Si parecía que las cadencias más sutiles del pentagrama habían sido hechas sólo para la admirable larin-

ge de Pirrín.—«¡Ah, bribón, eres un gran músico!—decía la señorita Amelia, besándolo cariñosamente.

Sucedió que Pirrín dejó de cantar. Ya no gustaba de las hojas tiernas de lechuga, del alpiste desmenuzado, ni del agua fresca. El terroncito de azúcar estaba abandonado, y sólo, de cuando en cuando, se honraba con el picoteo de la boca de Lili. Pirrín estaba triste. Echado en el nido de mimbres finísimos, sobre el colchón de seda carmenada, apenas si alzaba la cabeza para contemplar á su adorable Lili que, desde el barrotillo más alto de la jaula, regaba las vibraciones de una cavatina maestra que le rasgaba el corazón.....

¡Qué cuidados aquellos de la Srita. Amelia! Untaba el cuello del canario con no sé qué menjurje, le rociaba las axilas con leche en cocción, envolviólo en un fragmento de muselina, y quedo, muy quedo, como para no lastimar al enfermito, lo acostaba sobre el colchón de seda.

—¡Ay! qué tendrá Ud., señor mío!—exclamaba Amelia besuqueando al canario, que ya parecía dormir tranquilamente.

\* \*

¡Oh, Señorita Amelia! ¡Qué ha de ser! ¡Ud. no sabe que á Pirrín le duele el alma! Porque los canarios también tienen alma como nosotros, y piensan y aman..... Hace dos días que está ese gorrión charlatán frente á Lili, y es natural que Pirrín esté celoso. ¡Y cómo no, si ese gorrión es el pájaro más enamorado del mundo! ¡Qué dengues, qué contorsiones para Lili! ¡Y qué cosas le dice, armónicas y alegres, desde allí, desde su jaula de rejillas color de púrpura! Ese gorrión conspira contra la paz del hogar de Pirrín. Es preciso formarle un proceso, Señorita.

¿Acaso Pirrín siente envidia por el rayo de sol que diariamente baja callandito, abarcando con un solo beso el cuerpo regio de Lili? ¿Acaso entristecía jamás cuando estaban otros pájaros al frente? ¡Recuerda Ud. aquel ruiseñor melancólico, apuesto, correctamente vestido, que parecía un personaje aristocrático? ¡Olvidó Ud. el mirlo juguetón y petulante que á las claras se burlaba de todos? ¡Y el cardenal (1) vestido siempre de rojo, como queriendo atraerse todas las miradas?

(1) Pájaro de las selvas cordobesas.

Pues todos han lanzado dardos al corazón de Lili, y Pirrín lo ha visto sonriendo de buena gana. Pero ahora sí hay peligro: ¡ese gorrión es un calavera!

\* \*

Lili ni siquiera daba oídos á los garruleos impertinentes del gorrión pícaro. ¡Qué iba á oír, si ella quería mucho á su Pirrín! Lo conoció sobre la rama de un naranjo florecido, en una tarde rubia de Enero, cuando la luz del sol parecía un manto sangriento desgarrándose en inmensos jirones en el espacio... Juntos cayeron en la trampa de un vendedor de pájaros; y ya en la casa de Amelia, fueron condenados á amarse siempre, en su jaula azul, en el nido con su colchón de seda, disfrutando de las caricias de aquella ama que parecía una princesita de porcelana..... ¡Cómo iba ella, Lili, á ser infiel! ¡Y luego, si Pirrín era todo un buen mozo!.....

II.

Mañana alegre. El cielo parece una cúpula sin fin, de cristal azul diáfano..... El rayo de sol baja lentamente iluminando la jaula de rejillas azules. Pirrín y Lili esponjan el plumaje áureo y platican..... la cabecita de ella sobre el cuello de él. ¡Son dos esposos que han hecho las paces!

La señorita Amelia llega. Entresaca las jaulas de las fundas de lienzo, y emprende el aseo cotidiano. Todos los pajaritos cantan como si estuvieran de fiesta. ¡Con razón! Esa mujer pequeña, amable y hermosa como las hadas de los cuentos árabes, bien merece ser cantada por gargantas exquisitas y con vibraciones célicas..... De cada jaula sube como un himno de gratitud y cariño intensos. Hasta Pirrín abre el piquillo y suelta el sonoro retintín de su canto, como diciendo: —«¡Ahora sí ya estoy contento como Ud., señorita Amelia!»—

En la jaula roja falta el huésped. Ha huído. Un alambrijo puesto en falso ha facilitado la fuga.... Naturalmente, ¡si ese gorrión es un calavera! ¡Bien ido!

Cuando Amelia llegó en turno á la jaula azul, Lili comía el alpiste que Pirrín le ofrecía.....Después; ¡oh! después, ¡parecía que Lili, de tanto reír, estaba loca!

BERNARDO P. PORTAS.

1895.—(Córdoba, Veracruz).



## El Muezzin

Cual bandada de palomas, se acurruca, se repliega En los flancos verdinegros de la plácida colina, El islámico poblado; más allá, luce la vega Sus matices que semejan los de alfombra damasina.

Como egipcia columnata, donde el aura veraniega Finge *tremolos* medrosos, el palmar, en la vecina Hondonada se prolonga.—Todo es paz; la noche llega Con la frente coronada por la estrella vespertina.

Es la hora del misterio; ya la sierva nazarita Unge el cuerpo de su dueña con suavísimas uncciones; El fakir, enjuto y grave, bajo un pórtico medita.....

De improviso, con sonoras y dolientes inflexiones, Desde el alto minarete de la cóncava mezquita, Un *muezzin* de barba nívea deja oír sus oraciones.

## II Leyenda

Es noche de aquellarres; la luna ensangrentada Tapiza de siniestro fulgor el campo frío; Satán y sus espíritus, en torva cabalgada, Dirígense al convento, con ronco vocerío.

En medio de su celda, Judith, la relajada Monja, se muere y clama: ¡Piedad, piedad, Dios mío! Respondele á lo lejos convulsa carcajada Y graznan las cornejas en el desván sombrío.

— ¡Hermana, orad! —le dice la priora, consternada... .. De pronto, con estruendo de desbordado río, Despiertan mil rumores en la mansión sagrada;

— ¡Piedad! piedad! — repite Judith con desvarío; Después, expira.... En torno, pavor, silencio, nada... Satán con sus espíritus se pierde en el vacío.....

## III El Pacto

— Oh, mi Reina, en un tiempo, con voz simpática, Mi cantar, en tu laude, tendió su vuelo; Mi boca pecadora, cuando la plática Nocturna, de tu boca llegó hasta el cielo.

Los genios de la noche, viéronte extática Junto á mí, y escucharon, con hondo celo, El fru-fru misterioso de mi dalmática Al rozar tu justillo de terciopelo.....

¿Por qué ahora me esquivas?

— ¡Cifio corona: Descender á un hidalgo fuera desdoro..... El desliz de una reina ¡quien lo perdona!

— Mas..... ¿si yo pereciese batiendo al moro Mañana?.....

— ¡Moriré! — Hoy, disfrutaras de mi persona.

— ¡Me lo juras? — ¡Por la cruz de oro De mi tizona!

## IV El Gnomo

Era un gnomo pequeñito, De pupilas maliciosas. Capturélo entre unas rosas; Me miraba de hito en hito:

..... — No te suelto, lo repito, Si me niegas donde posas De tus perlas mas valiosas La mejor, que necesito.

— Dame libre; ¡ya respiro! Esa perla tan preciada, Tú la tienes, no deliro.....

— ¡Yo la tengo!..... — Sí, guardada En los ojos de zafiro De tu novia bien amada.

## V El Abate

¡Cuánta paz en redor! Bajo la encina Que su mano cuidó, con faz risueña El viejo abate se detiene, y sueña Con su amada la muerte, ya vecina.

El sol, en el Poniente que ilumina, Como alud llameante se despeña, Y del huerto en el linde, la sedeña Torcaz, entona su canción divina.

Y el abate senil, cuyos anhelos En pos corren del bien y de la palma Que al hombre justo brindarán los cielos, Ante la pompa del ocaso augusto, Paladea, en lo íntimo del alma, La dicha inenarrable de ser justo!

México, 1895.

AMADO NERVO.